

—¡Qué agitacion en la sangre! esta nueva fuerza me asombra: esperemos: acaso se va á declarar una reaccion favorable; pero si no hacemos que termine esta emocion demasiado viva, ahora que aun es tiempo, puede llegar á ser funesta: esta señorita está muy fatigada, aunque no lo parece, es preciso que repose: así, Mr. Leon, vos que tenéis fuerza de voluntad, dejadla ahora, y vos, señorita, dejad para mañana el placer de hablar con nuestro amigo: entonces ya estareis bastante fuerte para continuar la conversacion, que ahora me veo obligado á hacer cesar.

Todos teniamos la conviccion de que el doctor nos daba un buen consejo: porque desde que él nos lo habia advertido era fácil conocer que Rosa se hallaba en un estado de extrema agitacion.

Mi madre tomó por pretexto el que mi padre, que habia ido á un pueblo vecino á comprar madera debia estar ya de vuelta: y que yo no podia dejarle ignorar mas largo tiempo mi regreso.

Rosa me suplicó con las manos juntas que al dia siguiente fuese muy temprano: sus ojos se fijaron en mí con una dulzura celeste, Mr. Pavelyn me estrechó de nuevo la mano. Yo salí consolado, y casi dichoso, y tomé al lado de mi madre el camino de nuestra casa.

XXX

AL dia siguiente, despues de una noche agitada por sueños llenos de inquietud y de esperanza me levanté á la primera luz del alba: mas por vivo que fuese mi deseo de ir al lado de Rosa, hube de pasar un rato al lado de mis padres para hablarles de mi fuga y de mi actual situacion: comprendia, y mi madre me lo aseguraba tambien, que Rosa estaba muy fatigada, y que yo no debia privarla de un reposo que la era muy necesario, con una visita demasiado matinal.

Las nueve daban en el campanario del pueblo, cuando me determiné á ir al castillo.

Cuando entré en el jardin ví desde léjos á Rosa, sentada con su madre bajo la sombra de un gran tilo, vestido de un verde y espeso ramaje: esta prueba de que las emociones de la víspera no la habian empeorado me causó tal alegría que no pude contener un grito de triunfo.

Rosa me hizo señal de que me sentase á su lado. Mme. Pavelyn, despues de haber cambiado algunas palabras con nosotros, se levantó y se alejó de allí.

Cuando hubo desaparecido, me dijo Rosa:

—Leon, he rogado á mi madre, que me deje sola con vos: ayer no hemos podido hablar con libertad: hablemos ahora de corazon á corazon: decidme: durante esta triste ausencia habeis pensado mucho en mí?

—¡Oh Rosa! exclamé: ¿en qué consiste mi vida sino en

pensar en vos, noche y día? vuestra duda me causa mucha pena. . . .

—Tranquilizaos, repuso sonriendo: no tengo razon en preguntaros esto: porque demasiado sé cuanto habeis sufrido, y de qué tristes pensamientos ha sido preso nuestro espíritu: mi alma os ha acompañado en vuestro viaje: yo veia correr vuestras lágrimas en la soledad: yo he oido á vuestros labios murmurar mi nombre: os he visto sonreir á mi imágen, que se colocaba delante de vos: no os asombreis de esto, Leon: para contar los latidos de vuestro corazon, por lejos que estuviéseis, no tenia que hacer otra cosa, que apoyar la mano sobre el mio, porque estoy cierta de que sus menores pulsaciones, tenian un eco en el vuestro: nuestras dos existencias no forman mas que una sola.

Temblando de emocion junté mis manos; y murmuré algunas palabras de ardiente gratitud.

La voz de Rosa era tan dulce, el contento iluminaba mis facciones con una expresion tan encantadora, que sus palabras caian sobre mi corazon palpitante, como las gotas de un rocío bienhechor.

Debía haber en el espíritu de Rosa ideas que ella no expresaba: porque en lugar de responder á lo que yo le decia, me preguntó de repente:

—Si la enfermedad me hubiera quitado la vida antes de venir vos, os hubiérais acordado siempre de vuestra amiga de infancia ¿no es verdad, Leon? hubiérais esperado impaciente que Dios os llamase para poder reposar á su lado en el cementerio?

—¡Oh no digais esas cosas horribles! exclamé: hoy estais ya mucho mejor! no dudeis de que recobráreis la salud! pero debeis hacer algunos esfuerzos, para arrojar esos temores sin fundamento, Rosa! hacedlo á lo menos, por piedad hácia mí!

—He tenido hace pocas noches un sueño extraño, dijo ella: un sueño que ha durado solo algunas horas, y que,

sin embargo, me ha hecho vivir veinte años en el porvenir! yo habia muerto. . . . no os agiteis, Leon: era solo una ficcion de mi sueño! Yo tambien he llorado y he temblado á la idea de la muerte, porque pensaba que ella me iba á separar de todo lo que amo en la tierra. . . . como me engañaba! Desde el seno de Dios, la mirada de mi alma, se extenderá hasta los últimos límites del mundo! Mi existencia habia llegado á ser tan poderosa, tan perfeccionada, tan múltiple, que mi alma, sin dejar el cielo, podia vivir en medio de mis padres y de mis amigos: era aquí, en este rincon del mundo que se llama Bodeghem, donde mi alma habia fijado los ojos: mi tumba estaba detrás de la pequeña iglesia; yo veia aquí alguno. . . . alguno á quien habia amado tal vez con demasía, sembrar con las flores del recuerdo la tierra de mi sepulcro, y hacer de ella una alfombra para mis restos mortales; así le he visto todos los dias durante largos años: frecuentemente yo me hallaba á su lado: no solamente oia lo que decia, sino que percibia las emociones de su corazon con tanta claridad como si me las describiese; él tambien tenia conciencia de que yo estaba á su lado, porque sus ojos me seguian en tanto que sonreia á mi sombra invisible, y cuando yo me sentia deseosa de consolarle, de darle confianza en la union eterna de nuestras dos almas, respondia á mi inspiracion secreta como si los lábios materiales hubieran hablado á su entendimiento. ¡La muerte no habia separado el alma bienaventurada del alma que sufría!

Cuando llegamos á donde estaban Mr. y Mme. Pavelyn, estos notaron con asombro el cambio que se habia verificado en Rosa: la sonrisa estaba en los lábios de la jóven, y su dulce rostro, retrataba una embriaguez, como si hubiera recobrado del todo y para siempre la salud.

Por la tarde y cuando iba á dejar el castillo para volver á casa de mis padres, Rosa me dirigió una última mirada que decia:

—Mi anhelo se realizará infaliblemente!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

...in embargo, me he hecho vivir veinte años en el por-
...nir yo habia muerto. ... no os agites. Llorad en solo un
...facion he mi sueldo. Yo tambien he llorado y he temido
...do á la idea de la muerte, porque pensaba que ella me
...á separar de todo lo que amo en la tierra. ... como me
...engañaba! Desde el seno de Dios se miraba de mí alma
...se extendió hasta los últimos límites del mundo. Mi es-
...tancia habia llegado á ser tan hermosa, tan perfecta
...ha tan múltiple, que mi alma debía el cielo, podía vi-
...vir en medio de sus padres y de sus amigos; era acor-
...esto rincón del mundo que se llama bodogán, donde

XXXI

ROSA habló aquella misma tarde á sus padres de sus deseos de unirse á mí por los lazos del matrimonio; su padre que hubiera hecho gustoso los mas grandes sacrificios para evitarle el mas pequeño pesar le concedió sin dificultad alguna todo lo que deseaba, y cuando yo volví por la noche me suplicó que no rehusase aquella satisfaccion á su pobre hija.

El amante padre esperaba que la alegría de ver cumplido el mas ardiente voto de su corazon daria á Rosa un nuevo valor y mas fuerza para luchar victoriosamente con su cruel enfermedad.

¡Cosa extraña no obstante! desde la mañana del dia siguiente notamos todos que el estado de Rosa habia empeorado sensiblemente: sus ojos habian perdido todo su brillo, sus lábios estaban descoloridos, y habia en su mirada vidriosa ya, alguna cosa, que demostraba una gran debilidad en sus fuerzas.

¡Era, pues, verdad lo que Rosa me habia dicho algunas veces! la mejoría que habiamos creído notar en ella no era mas que una apariencia engañosa; por un increíble esfuerzo sobre sí misma habia reunido todas las fuerzas de su alma para hacerme dulce y familiar la idea de su muerte y lo que aun le restaba de fuerzas lo habia empleado en hacernos consentir á su padre y á mí en nuestra union.

Cuando vió cumplida su esperanza desfalleció, y en una sola noche la enfermedad recobró toda su violencia y se desenvolvió con nueva é inaudita rapidez.

La noble niña sonreía, sin embargo, y hablaba alegremente: ningun pensamiento triste se reflejaba en su bello rostro, y aunque su cuerpo estaba consumido por la despiadada enfermedad, su espíritu se hallaba tranquilo, sereno y dotado de una asombrosa penetracion y vivacidad!

La certeza de que mi amada iba á morir no me espantaba ya y podia hablar tranquilamente con ella, durante dias enteros, de su partida para la patria celestial: pero algunas veces, sin embargo, su palidez cadavérica y sus tos dolorosa me hacian temblar y despertaban en mí un sentimiento de desesperacion: ella leia en el fondo de mi alma desde que un vago pensamiento de angustia ó de tristeza se deslizaba en mi espíritu; Rosa fijaba sus ojos en los míos con una expresion de dulce reproche y me llamaba al desprecio de la muerte corporal y á la fé mas viva en la vida eterna del alma.

Mr. y Mme. Pavelyn reconocian con el mas vivo dolor que se habian dejado engañar por una vana esperanza: cada vez que miraban á su hija, y que veian hora por hora, por decirlo así, el progreso de la enfermedad, sus lágrimas corrian en abundancia; pero, como yo, experimentaron insensiblemente la irresistible influencia de la confianza sin límites de Rosa y de la asombrosa lucidez de su espíritu: parecieron, en fin, esperar con una especie de resignacion la separacion fatal y cesaron de llorar con tanta amargura.

Los preparativos de nuestro matrimonio se terminaron con la mayor rapidez posible. Mr. Pavelyn hizo abreviar las formalidades civiles y religiosas, pues aunque Rosa nos aseguraba que viviria bastante tiempo para esperar el dia solemne, todos empezamos á temer que la muerte viniese á herirla de improviso y antes de que su último voto fuese cumplido.

Rosa queria estar bella aquel dia y engalanada como conviene á una jóven que se desposa, y nos hablaba con alegría infantil del equipo que se habia encargado para ella á Amberes; de los diamantes que debian engalanar sus brazos y su pecho y de la corona de azahar que ceñiría sus puras sienes.

¡Pobre vírgen! asemejábase á un esqueleto viviente, y ya no podia levantarse sin ayuda de un sillón! Con un penoso esfuerzo podia aspirar para sus pulmones un poco de aire fresco: frecuentemente un acceso de tos terrible amenazaba sofocarla! Era visible que aquel pobre y delicado cuerpo sufría atroces torturas.... y sin embargo hablaba con alegría y tranquilidad de su bello traje de boda y de su blanca corona de desposada!

Su mal se agravó tan rápidamente durante los últimos dias que precedieron á nuestro matrimonio, que así sus padres como yo estábamos convencidos de que era imposible que la pobre niña viviese hasta el instante deseado.

Hacia ya una semana que no dejaba el lecho: su estómago rehusaba todo alimento; algunas veces la veia yo gemir penosamente como si su última lucha con la muerte victoriosa hubiera empezado y su sueño era agitado é interrumpido: durante la noche sus sienes se cubrian de un sudor helado, terrible señal de que el alma trabaja para desatarse de los lazos del cuerpo!

¡Qué horrible noche fué para mí la que precedió al solemne día!

—¡Morirá, pensaba yo, sin ver nuestro amor legitimado y santificado por la bendicion del sacerdote?

¡Emprenderá el eterno viaje, esta alma tierna y delicada, abrumada de tristeza y de temor?

¡Ah! si el Cielo lo habia decidido así, ¡qué terrible debia ser su agonía! porque la imperturbable quietud y el admirable valor que habia demostrado tenian su origen

únicamente en la esperanza de que Dios perdonaria á la esposa legítima la debilidad de corazón de la hija desobediente! Parecíame que iba á exhalar el último aliento, que su corazón ya no latía y que la mano de la muerte pesaba ya sobre su pecho.

Estos pensamientos angustiosos, desesperados, pasaban como espectros delante de mis ojos, en tanto que en mi cruel insomnio regaba con llanto el suelo de mi cuarto; el menor ruido me hacia temblar y me causaba un temor inexplicable: á cada instante creia oír los pasos de un mensajero que venia á decirme:

—¡Ha muerto!

En fin, apenas el alba extendió en el cielo su primera luz, llegó un criado: yo espiaba temblando las palabras que saliesen de sus lábios, porque no dudaba que iba á desgarrarme el corazón con la terrible nueva: mas así que hubo empezado á hablar lancé un grito de alegría insensata.... ¡Rosa no solo vivía, sino que parecia hallarse mucho mejor! ¡Dios, en su misericordia infinita, habia permitido que el sol que debia alumbrar nuestra union, se levantara aun para ella!

Empecé á vestirme presuroso para la ceremonia con un nuevo valor; yo tambien debia estar vestido como un dichoso desposado: tal era el deseo de Rosa.

Era preciso apresurarme, porque habiendo aparecido el dia, ya no habia obstáculo alguno para nuestro enlace, y yo no queria perder un solo instante.

Poco despues caminaba hácia el castillo, seguido de mis padres, y así que llegué subí al cuarto de Rosa, donde nuestra union debia ser celebrada.

Gran número de personas se hallaban presentes: el maire y su secretario, el sacerdote y sus ayudantes, los testigos y los amigos mas íntimos de la casa, hallándose tambien allí los servidores de la misma.

Mlle. Pavelyn estaba sentada en su ancho sillón y sos-

tenida por almohadones; al verme aparecer me sonrió con una expresión de beatitud celeste, dando gracias á Dios por haberla concedido la vida hasta aquel instante; pero aunque trató de arrancarme alguna palabra de alegría, imposible me fué hablar ni separar de ella mis ojos llenos de admiración.

No puedo explicar ahora lo que pasó en mí; aquel traje de boda de una blancura inmaculada, emblema de la ausencia del cuerpo material; aquella corona de desposada, blanca también como la nieve, y que mi imaginación adornaba de rayos, como la diadema luminosa de una santa; aquellos grandes ojos, tan vagos y tan profundos, que ya parecían mirarme desde la eternidad, la hermosura sobre natural y mística de Rosa en aquellos momentos, extasiaban mis sentidos; no era el cuerpo de Rosa lo que veía delante de mí; no, ella no tenía ya nada de terrestre: era su alma, su alma bienaventurada que había descendido del seno de Dios para cumplir su adorable promesa!

¡Cuán grande debía ser el asombro de todos los presentes! Rosa penetró la turbación de mis sentidos y se llenó de alegría al verme tan lleno de esperanza y de fé. Mientras cada uno se hacía violencia para no llorar, mientras que algunos se ocultaban para enjugar una lágrima furtiva, nosotros nos sonreíamos el uno al otro, como si el cielo se abriese ante nuestros ojos; prometiéndonos la suprema y eterna dicha!

La voz del maire, que se había aproximado llevando en la mano un escrito, para leernos el texto de la ley, me arrancó violentamente de este dulce éxtasis. Rosa, á quien mi exaltación había traído una fuerza ficticia se reclinó en los almohadones y escuchó con el pecho anhelante y los ojos medio cerrados, la voz del maire.

Quando se le preguntó si quería ser mi mujer, un SI, claro y distinto salió de sus labios: mas así que lo hubo

pronunciado, su cabeza se inclinó desfallecida y cayó pesadamente sobre el respaldo del sillón.

Gritos de dolor resonaron en la habitación: las lágrimas brotaron de todos los ojos y cada uno se precipitó al socorro de la moribunda.

La enfermera la levantó en sus brazos, y la depositó en el lecho: yo esperaba temblando el anuncio de su muerte... ¡ay! estábamos legítimamente unidos ante el mundo; pero rehusaría Dios su bendición á nuestro amor? ¿Debía la pobre niña descender á la tumba, sin esta última y suprema satisfacción?

El espanto, me había engañado: la posición horizontal en que se había colocado á Rosa, hizo afluir á su corazón la poca sangre que aun circulaba en sus venas: abrió los ojos y dijo al sacerdote, por señas, que estaba pronta á hacer en sus manos el juramento solemne.

Sin perder tiempo, el ministro del Señor empezó á recitar las oraciones de la iglesia, unió nuestras manos, y nos hizo jurar fidelidad eterna: despues, con acento conmovido y que resonó en mi corazón como una voz de los cielos:

—¡Sed benditos! dijo: ¡Dios os ha unido para siempre jamás!

Un grito de triunfo se escapó del pecho de Rosa; me atrajo hácia sí, me estrechó en sus brazos y dijo:

—Mi noble amigo, mi querido esposo, ahora ya he vivido bastante sobre la tierra: voy á partir: la voz de Dios me llama; soy dichosa... adios... pensad en mí... sed fiel á vuestra promesa... que la esperanza sea la luz de vuestra vida... hasta que el esposo y la esposa puedan beber unidos en la fuente del amor eterno! León, León, adios!

Rosa pareció ser presa de una débil convulsión: yo retrocedí, no de temor sino de respeto hácia el solemne misterio de la libertad del alma, que iba á cumplirse.

Rosa hizo todavía un movimiento: tomó el crucifijo co-

locado sobre su corazón, lo llevó á sus labios, elevó al cielo sus ojos moribundos y quedó inmóvil. . . .

En tanto que el sacerdote rezaba las plegarias de la iglesia, sobre aquel cuerpo agonizante, yo tenia fijos sobre él mis ojos, sumergido en un éxtasis.

¡Ah! qué bello estaba aquel dulce ángel que tenia por aureola una corona de flores virginales! ¡Cómo la beatitud brillaba en sus facciones sonrientes! ¡Qué esperanza, qué fé, qué elevacion hácia Dios, en su mirada inmóvil!

Yo uní las manos penetrado de respeto y de admiracion: la voz del sacerdote se dejó oír en el silencio de la estancia.

—Rezad! dijo tristemente: rezad, hijos míos! su alma ha subido al cielo!

Todos cayeron de rodillas.

Yo me postré delante del lecho, levantando ambos brazos hácia el soberano Arbitro de los destinos humanos, para darle gracias por su infinita bondad!

CONCLUSION

DURANTE dos dias y dos noches permanecí en la morada del anciano escultor: su larga y triste narracion habia hecho mas de una vez correr mis lágrimas; y aun antes de haber oído el fin de la historia de su vida, habia nacido en mi alma una tan profunda admiracion hácia él que no podia mirarle sino penetrado de veneracion y de respeto.

En el momento de partir estreché por última vez sus manos con un ardor febril; aquel anciano era para mí la personificacion viviente de la esperanza y del amor; el solo sér de la tierra que me habia hecho comprender el asombroso poder del recuerdo!

Mi camino me condujo hácia el cementerio: me detuve cerca de la Tumba de hierro y contemplé durante largo tiempo olvidado de mí mismo, como un sueño, aquellas flores tan bellas y tan frescas despues de cuarenta años, como la memoria de aquella á cuyas cenizas daban sombra.

Poco á poco mi cabeza se inclinó sobre mi pecho y dejó caer algunas lágrimas silenciosas sobre la tumba de la dulce Rosa, víctima de un amor sasto é infinito!

Y continuando mi camino, dí gracias á Dios por haber dado á sus débiles criaturas la esperanza que no muere jamás, como un ángel guardian, y el recuerdo que renace siempre en las almas tiernas, como un manantial inagotable de consuelo y de valor!

FIN.

